

OCNOS, O LA NOSTALGICA CON- TEMPLATIVA

POR

LEOPOLDO PANERO

HACE dieciséis o diecisiete años, en la página literaria de un popular periódico madrileño, se publicaba un artículo sobre poesía, primero de una serie que luego quedó interrumpida, y que llevaba por título genérico: *El espíritu lírico*. Lo firmaba un poeta, desdeñoso siempre de popularidad, y entonces apenas conocido: Luis Cernuda. Tomo de aquel artículo olvidado, que una rara casualidad trae hoy a mis manos, estas pocas palabras iniciales: «Un poeta crea su atmósfera y ésta le rodea, visible e invisible. A imagen suya, actos, cosas y personas se agrupan en torno. Véamosle...»

Veámosle ahora a él mismo, a Luis Cernuda mismo, a la luz de sus propias palabras, en la atmósfera visible e invisible de su poesía. Abramos las breves hojas transparentes, flúidas y melancólicas, de *Ocnos* (1): «En ocasiones, raramente, solía encenderse el salón al atardecer, y el sonido del piano llenaba la casa, acogiéndome cuando yo llegaba al pie de la escalera de mármol, hueca y resonante, mientras el resplandor vago de la luz que se deslizaba allá arriba en la galería me parecía como un cuerpo impalpable, cálido y dorado, cuya alma fuese la música.» «Así, en el sueño inconsciente del alma infantil, apareció ya el poder mágico que consuela de la vida, y

(1) LUIS CERNUDA: *Ocnos*. Colección Insula, I. Madrid, 1949. 101 páginas.

desde entonces lo veo flotar ante mis ojos : tal aquel resplandor vago que yo veía dibujarse en la oscuridad, sacudiendo con su ala palpitante las notas cristalinas y puras de la melodía.» Se llama este primer poema de *Ocnos*, vaga y definitivamente : *La Poesía*. La poesía es, pues, para Cernuda, algo inasible y misterioso, oculto casi a la realidad de los sentidos; algo que nos transporta fugazmente a un mundo deseado, existente, verdadero, hecho a imagen y semejanza de nuestra imaginación, como quería, y creía—con religiosa fe poética—, otro gran lírico romántico : John Keats.

Por eso, para Cernuda, más que cosa alguna, la virtud esencial de la palabra poética reside en su poder suscitador, en su potencia de encantamiento, en la mágica irisación que pone entre nuestros sentidos y la realidad a que alude y que nos permite adivinar : «Entreví entonces la existencia de una realidad diferente de la percibida a diario.»

Importa quizá por eso conocer previamente la realidad cotidiana desde la cual se evadía Luis Cernuda al componer y trasvivir, según los iba escribiendo, los poemas que integran su libro. Las circunstancias reales y biográficas que asistieron de alguna manera a su invención acaso nos ayuden a explicar un poco su índole íntima, su anhelante fuerza profunda, como de hombre desterrado entre el tiempo y las cosas, entre la vida y su recuerdo.

Vivía Luis Cernuda en Londres en una habitación quimérica y minúscula, cuidadosamente tenida y silenciosamente habitada, cuya única ventana se abría a nivel de los árboles de Hyde Park, dejando ver sólo sus altas copas estremecidas y flotantes, de un verde denso, fresco y altivo, nimbado de libertad en medio de las calles oscuras, y llenando con su presencia resbalada y aérea la reducida estancia del poeta sevillano. Aquellos pocos árboles—tan hermosos, tan libres, tan naturalmente nobles y bellos—, y alguna escapada solitaria y ocasional hacia el mar, en un rincón apartado y medio salvaje del Cornualles céltico, eran lo único que Cernuda convivía y amaba; lo único que le consolaba de vivir en Inglaterra, sin tierra propia bajo las plantas de los pies, náufrago que la tempestad arroja al borde de un mundo extraño, ajeno y vagamente hostil. Llevaba, cuando yo volví a verle, cerca de diez años lejos de España. Recordaba con horror (o mejor dicho : eludía recordar) sus lóbregos tiempos de residencia en Glasgow, en el sórdido Glasgow industrial, infernal, nórdico, perpetuamente amortajado por el humo y la niebla hollinienta de sus fábricas : la ciudad más antisevillana del planeta. Habitó luego algunos cursos—creo que dos—en Cambridge, y eran los solos

días de su destierro que rememoraba sin amargura. Londres acabó de distanciarle y exilarle totalmente de Inglaterra. A última hora me inclino a pensar que la detestaba y aborrecía, aunque guardara siempre una especie de abstracta gratitud a su hospitalidad. Había usado hasta el límite su vocación de solitario y le dolía físicamente la nostalgia de su tierra nativa. Padecía una fatal inadaptación a la vida en torno y vivía sin más soporte que su pudorosa dignidad y su heroica resignación andaluza ante los azares de la suerte.

Personalmente creo yo que ningún poeta puede vivir y expresar con autenticidad más tierra y más gente que la propia, y que es sumamente difícil lograr ese grado de íntima comunión con lo exterior—cosas, hombres, ideas—que hace posible el sentimiento de amor absoluto de que brota la poesía lírica. Es verdad que algunos poetas—un Shelley, un cierto Keats—emigraron de su corazón y se evadieron románticamente de su suelo natal. Pero se trata en esos casos de poetas residenciados primordialmente en la fantasía y que buscaban fuera de la realidad circundante el clima paradisíaco propicio a sus ensueños y a la belleza intelectual de su canción. La situación histórica a que obedecían les movía además a ello, y, por otra parte, nunca ha sido Hölderlin, por ejemplo, tan sublimada y universalmente alemán como en su genial interpretación mítico-poética del mundo griego.

Que lo vernáculo y entrañable ejerce un influjo evidentísimo sobre la poesía de Luis Cernuda está, para mí, fuera de toda duda. Desde su primer libro, la obra lírica de Cernuda va ganando en lo que yo llamaría intimidad espiritual española. A partir, sobre todo, de sus *Elegías* y de los poemas que componen *Las Nubes*, esta encendida presencia contemplativa de la tierra ibera, filtrada siempre por la gracia ultrasevillana de uno de los lenguajes poéticos más perfectos de nuestro tiempo, se adensa y fortalece cada vez más, hasta llegar a la virginidad imaginativa y alada pureza verbal de *Ruiseñor en la Piedra* (evocación nostálgica de El Escorial y su paisaje), o *Atardecer en la Catedral* (proyección retrospectiva del alma hacia el recogimiento vivificante de cualquier provinciana catedral española). Tal es, en su proceso de crecimiento y madurez, el momento poético de que toma su arranque, artístico y vital, la creación de *Ocnos*.

«Hay destinos humanos ligados con un lugar o con un paisaje. Allí, en aquel jardín, sentado al borde de una fuente, soñaste un día la vida como embeleso inagotable. La amplitud del cielo te acuciaba a la acción; el alentar de las flores, las hojas y las aguas, a gozar sin remordimientos.

Más tarde habías de comprender que ni la acción ni el goce podrías vivirlos con la perfección que tenían en tus sueños al borde de la fuente. Y el día que comprendiste esa triste verdad, aunque estabas lejos y en tierra extraña, deseaste volver a aquel jardín y sentarte de nuevo al borde de la fuente, para soñar otra vez la juventud pasada.» Pero en esta segunda edición de *Ocnos*, enriquecida con quince nuevos poemas, la nostalgia de Cernuda se ensancha contemplativamente a toda España. Su *mirada interior*, expresión que usa diversas veces en este libro y que procede directamente de Wordsworth, le lleva hacia paisajes y ciudades que no son ya los de su niñez sevillana de la calle del Aire. Su emoción privilegia casi constantemente aquellos sitios y parajes, donde el encanto, puro y solitario, de la naturaleza, se reveló un día a su alma. Las figuras humanas de este breviario de añoranzas son pocas, apenas son algunas. El poeta parece huir de la sociedad de los hombres y refugiarse en la compañía de las cosas que ama. Desde este punto de vista, Cernuda da la sensación de un solitario o de un desengañado absoluto. La fuerza interna que ha moldeado su destino y configurado su carácter suprime la ternura de su poesía. Y, sin embargo, ¡cuánta cordialidad, cuánta frustrada ternura, en el poema—para mi gusto uno de los mejores del libro—donde nos habla laceradamente de su viejo maestro de retórica! Pero su visión del mundo es muy otra y no entran fácilmente en ella ni la directa simpatía por el hombre ni la experiencia de humanidad que ella comporta.

La dicción poética de Cernuda, tan sostenida de continuo sobre la más cernida transparencia no tiene acaso otro antecedente posible que el Bécquer de las Leyendas y las Cartas, con su delgada y fluente naturalidad, con su feliz elegancia y líquido encadenamiento de cláusulas, con su irradiante ámbito de sugerencia, con su gusto espontáneo por el matiz delicado y la expresión metafórica simple e intensa. La recéptividad sensual de Cernuda es, probablemente, una de las más finas, evidentes y ricas de toda nuestra poesía, y comunica a su palabra el fluir y la sensación misma de las cosas. Nadie le iguala en eso, en la cristalina inocencia de su lenguaje, puesto siempre al servicio de una segurísima inteligencia poética y de un sentido de la composición poco menos que infalible.

Así son los poemas todos de este libro: nítidos, perfectos, naturales como la belleza misma. Y netamente sevillanos desde la universal melancolía que les inspira y que les da su alma. Hablando de José María Izquierdo, que nunca supo, o nunca quiso, abandonar la milenaria intimidad de Sevilla, nos dice, andalucísimamente, el des-

terrado autor de *Ocnos* : «Bécquer y Machado la dejaron tras sí. José María Izquierdo nunca la abandonó. Después de todo, ¡quién sabe! Durante sus horas de recogimiento silencioso, escuchando la música, o en sus atardeceres junto al río, mientras se perdía así entre el ruido de los otros bajo el cielo nativo, tal vez gozó gloria mejor y más pura que ninguna.»

Leopoldo Panero.

Ibiza, 35.

MADRID (España).

